

cian precisos, casi físicos. Atahualpa Yupanqui, rostro de indio, agradecía los aplausos que seguían a cada confidencia. Al final, correspondiendo a tanto entusiasmo, cantaba o contaba una hermosa historia autobiográfica. Empezaba así, más o menos: "Yo tenía un tío llamado Gabriel. Me decía que cuando fuese a cantar tonteras que procurase que sonase mucho la guitarra, pero que si tenía que decir algo serio bastaba que se oyese unas notas. Mi tío Gabriel murió en la cárcel".

Felicitémonos, finalmente, que la Zarzuela ofrezca este tipo de espectáculos. ■ J. M.

La escalada del flamenco

Flamenco y universidad.— José Menese ha vuelto de nuevo a su público madrileño tras de las numerosas intervenciones en los festivales de verano y otoño por tierras de su Andalucía. Recientemente intervino en la Escuela de Ingenieros Industriales, Club de Amigos de la Unesco, donde sentimos no haber podido escucharlo, y Colegio Mayor Isabel de España, donde obtuvo un gran éxito, acompañado a la guitarra por Melchor de Marchena, y donde comprobamos una vez más el gran valor del romance como instrumento de comunicación en su interpretación del romance «Así murió Juan García», del que es autor el pintor Francisco Moreno, uno de los pocos flamencos que han entendido la necesidad de dotar al cante de nuevas letras más cercanas a la sensibilidad de nuestro tiempo. Otro joven y gran cantaor, Enrique Morente, cuya línea de actuación, a partir de la Semana del Cante del Pueblo, en Granada, es cada vez más firme, ha celebrado recitales en los Colegios Mayores San Juan Evangelista, Alfonso el Sabio, junto al veterano Juan Varea y Perico el del Lunar y Humbertoel Paillo como tocaores, y, por último, en el Isabel de España, acompañado por Antonio Piñana. Nos interesa destacar el carácter polémico de las intervenciones de Morente promoviendo el coloquio y participando en él como procedimiento didáctico de esclarecimiento de los proble-

mas que en torno al cante se plantean en la actualidad.

Flamenco, en el Ateneo de Madrid.—En el salón de actos del Ateneo, totalmente abarrotado de un público heterogéneo de flamencos, universitarios y ateneístas, ha celebrado un nuevo recital Enrique Morente. Fue acompañado por el tocaor Manolo Sanlúcar y presentado por Manuel Ríos Ruiz, poeta, flamenólogo y secretario de la Estafeta, que previamente disertó en torno al cante flamenco, haciendo ver, entre otras cuestiones, la relación mantenida entre el flamenco y un grupo de poetas que, partiendo de Manuel Machado, ha constituido durante los últimos decenios el instrumento de promoción y divulgación del cante. El cantaor, algo acatarrado, salvó las dificultades con el oficio y la maestría que le caracterizan e incluso logró que el público reaccionara entusiasmado en varias ocasiones, siendo, en general, calurosamente aplaudido. Pero lo más interesante, por insó-

lución que, por causas ajenas a su voluntad y a su categoría, fue asombrosamente breve. Recientemente fue Menese quien intervino cosas de las mejores del cante. Y en estos días, TVE televisó una entrevista con Morente y un fragmento de su intervención en el Ateneo. Paradójicamente, éste sería el medio más poderoso de difusión del flamenco y el que permitiría que llegara a los hogares humildes de donde partió.

Flamenco, consumo y testimonio.—Estamos asistiendo a un experimento peligroso. El transvase de un arte popular, el flamenco, a la cultura urbana. Desarraigado del ambiente y la situación que le diera vida se ha ido reduciendo como reacción del ser frente y a su medio y ampliando como estética del ser en sí. El resque de libertad que permitía el subdesarrollo mantenía al cante en un régimen de semiclandestinidad que sólo daba, en cuanto al mejor flamenco, para una semicomercialización. Pero

producción espiritual. Frente a esta situación es necesario encontrar una estrategia del arte popular si no quiere caer en la degeneración o convertirse en bellísima reliquia discográfica. Por el momento, sólo un camino se nos aparece como solución. Y es que los cantaores que siempre engrandecieron artísticamente lo que su pueblo y su tiempo les dictaba, tienen que vivir y expresar profundamente las contradicciones y los anhelos de la sociedad en que viven y a la que se dirigen. Esto es lo que hizo todo el arte grande de siempre y el único y difícil camino a que deben enfrentarse los hombres que del pueblo proceden y en nombre del pueblo cantan. ■ F. ALMAZAN.

Requiem por la muerte de un cantaor

"Homenaje a Bernardo el de los Lobitos" se titula el LP que Hispavox acaba de lanzar al mercado en memoria del que, junto con Pastora Pavón, Aurelio de Cádiz, Pepe el de la Matrona y Antonio Mairena, constituía la más antigua y extraordinaria antología del cante. Bulerías, de los Lobitos; solesares, de Alcalá y de Triana; taranta y seguiyía, del Marrurro y Caba; alegrías y cantinas, Malague-

ña de la Trini; tientos y penteras son los cantes recogidos. Un hilo de voz, como hace cuatro años, cuando lo escuché por vez primera, fue suficiente a Bernardo para cantar su verdad; para mostrarnos qué es lo esencial en el cante; para dejar su melancolía al descubierto. No importa qué viejos estilos, qué irrepetible manera, qué hay de inédito en esta grabación: Bernardo ejercita la maestría de sus ochenta y cuatro años de cantar como quien vive, eliminando las mediaciones, cantando como quien habla, de un modo sencillo y directo, que nos coloca de inmediato en el ámbito de su ternura. Era un poeta. Hubo quien lo comparó con Azorín, y yo no he imaginado nunca a nadie que me recordara más a Bécquer. Es igual, su capacidad de poesía ha quedado suficientemente probada con el fracaso de su romanticismo inalcanzable, con la pureza mantenida durante tantos años de profesión difícil, de forzosa picaresca, de aventura irremediable. No importa si hace cuatro o si hace ocho semanas murió el cantaor, el Niño de Alcalá, con cuyo nombre se lanzó de crío a buscar el pan nuestro de algunos días. El pan difícil que en esta España, inacabablemente estraperlista y buscona, había que buscar en los cafés-teatro, en la jira improvisada o en las ventas cada noche. Se trataba de "trincar" "para ir tirando", como para tantos españoles obliga-



José Menese.

lita en el lugar, fue la reacción desigual de los diferentes sectores del público ante los cantes-testimonio, de los que es autor el propio Morente. El viejo caserón y su galería de hombres ilustres vivieron por un momento aquel punto de emoción, que según cuentan viejas crónicas conoció alguna vez el Ateneo.

Flamenco en la televisión.—También en TV ha hecho su aparición el flamenco, últimamente. Primero fue Antonio Mairena quien sorprendió a los aficionados con una inter-

avanzamos, aunque malamente, hacia lo que Marcuse concibe como sociedad cerrada donde todo se requisa, donde los canales de comercialización son cada vez más perfectos, donde el mercado, irracional por inhumano, determina las características de una obra masiva que es el simple reflejo de la más torpe realidad; donde el capitalismo, hostil al arte en cuanto que hostil al hombre, acostumbrado a controlar y dirigir la producción material humana no perdona tampoco su

